

Y después de la muerte, la vida sigue



Hoy, hace 62 años que falleció mi madre, a las ocho de la mañana. Le di un beso y cerré sus ojos. Lo que aquí escribo, es un homenaje a ella, a mi padre, a mis hermanos y hermana.

Son las seis de la madrugada. Al despertar, viene a mi mente el recuerdo de mi madre y hago que mi meditación de hoy la protagonice ella.

Todavía es de noche. Salgo a la terraza de la casa en la que veraneo y me asomo al mar que tengo enfrente. Apenas si veo sus aguas, pero oigo el sonido suave de sus olas cuando rozan la playa, mantengo en él mi mirada, mientras también la dirijo dentro de mi corazón y alma, para, al conectar con mi espíritu, sentir la presencia de mis seres queridos, que hace unos años marcharon de nuestra tierra.

Eso pienso antes de cerrar los ojos, pero, cuando los cierro, poco a poco, coje fuerza dentro de mí la convicción de que no es verdad lo que estoy pensando, que la verdad verdadera es que no se marcharon, sino que, al no poder seguir viviendo aquí por cualquier causa, tomaron el camino que, al morir, tomaremos todos. Pero su fallecimiento, no es un corte radical de la muerte con la vida en donde todo se acaba, se rompe, se separa y distancia, sino que es terminar de caminar por una senda y tomar un camino más amplio, nuevo y distinto, pero los dos, camino y senda, siguen unidos.

Pensamos que cuando un ser querido muere, al cerrar la caja en la que su cuerpo queda, cerramos para siempre su casa y tiramos la llave al profundo pozo del adiós para siempre y del posible olvido y aquí se acaba su historia.

Pero pienso, siento y creo que no es eso lo que pasa. Más bien es lo contrario. Cuando un ser querido muere, es verdad que algo suyo de nuestro lado se marcha, pero no cierra la puerta de su casa, la deja a oscuras y tira la llave lejos, a donde no podamos encontrarla, sino que, abre su puerta y ventanas, para que entre el aire fresco y la luz clara de la mañana, entre el sol, entre la el aroma de las plantas y

camina por un camino más ancho y suave, hacia un estado contiguo, como un jardín, una huerta llena de plantas y flores que lo adornan y embellecen, de insectos que revolotean y lo polinizan, de aromas que lo perfuman, de sonidos y cantos de pájaros que armonizan el paisaje, cada vez más bello, tranquilo, sereno y claro, porque en él ya no hay dolor ni llanto, no tiene piedras, zarzas ni abrojos que estorban, curvas que descolocan, subidas bruscas ni barrancos y precipicios en los que caernos, ni lugares oscuros que atemorizan, ni sorpresas que desconciertan.

Nuestros seres queridos, cuando fallecen, no dejan un camino para, al entrar en otro distinto, marcharse y alejarse para siempre, sino que toman un camino contiguo a la senda en la que han vivido, por él avanzan, lo experimentan y gozan, van y vienen a su aire, se nos acercan, nos abrazan y besan, nos dicen palabras bellas y amorosas al oído, apoyan su mano en nuestro hombro como amigos, para darnos ánimo y fuerza, o la ponen sobre nuestro corazón y lo aprietan con cariño, que, unas veces nos duele por no estar con ellos, cosa que no es cierta, porque nuestro corazón y alma los llevan y sienten dentro, y otras lo alegran, porque sabe que, aunque parece que se marchan, siempre se quedan, ya que, al no vivir en el tiempo y el espacio, en cualquier lugar y momento se encuentran y no es que vayan y vengan, sino que están con nosotros y permanecen siempre, aunque creamos que se han ido.

Todo en ellos, es un ya y aquí continuos, un estar siempre en presencia que observa contempla y ama. No lo pienses, porque no se entiende. Cierra los ojos y conéctate con tu cuerpo, mente, corazón y alma, y verás como los sientes tan cerca, que te impregna la convicción inamovible y cierta de que no se han ido, sino que ha cambiado su forma de estar contigo, sentirlos y recordarlos. Si nos dejamos guiar por ellos y coger por su mano, su permanente compañía y presencia harán que, estando aún en este mundo, vivamos y sintamos ya, lo que ellos viven y experimentan.

Victoriano Martí Gil. 28 de agosto de 2026